EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO IX.

PASCUAL de GAYANGOS

MADRID, 1821:

En la Imprenta del *Censor*, por D. LEON AMARITA.

EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

N.° 52.

SABADO, 28 DE JULIO DE 1821.

Guerra de la independencia.

Todo el pueblo griego se ha levantado en masa contra sus opresores, desde el promontorio Ténaro hasta las orillas del Danubio. La guerra es á muerte. La cuestion que se ventila en aquella gran lucha, es sobre quienes quedarán vivos, los turcos ó los griegos. Todos los elementos de furor estan presentes en el mayor grado de exaltacion. La diferencia de opiniones religiosas en ambas naciones, la ignominia de ser vencidos por sus esclavos en los unos, el ardor de la ven-

ganza y el temor del castigo en los otros, vienen á añadir fuego á las pasiones políticas y generales de dominacion y libertad. La lid no acabará hasta que uno de los dos pueblos sea esterminado.

Esta gran tragedia que la Grecia renaciendo de sus cenizas da al universo, tendrá escenas tan interesantes, como la que representó en los tiempos de Milciades y de Temistocles. Ya un nuevo y mas dichoso Leonidas ha peleado y vencido en el desfiladero de las Termópilas. Las casas de madera que aconsejó Temistocles vuelven á ser la salvacion de la Grecia, convencida de que por su posicion triunfará siempre que consiga ser superior en marina á sus enemigos. Todos los pueblos que ó libres ó tributarios se conservaban independientes del gran señor, ya en las playas de la Laconia, ya en las cercanías del Hemo, ya sobre el Adriático, se han reunido al pueblo sometido que reclama su libertad. Ipsariotas, Mainotas, Albaneses, todos son ya griegos. El ilustre nombre de Cantacuceno vuelve á llenar de esperanzas á la nacion griega. Un descendiente de sus antiguos emperadores se ha puesto al frente de sus egércitos en el

occidente de la Turquía, mientras Teodoro é Ipsilanti hacen en el norte una diversion poderosa.

Los griegos actuales son muy diferentes de lo que eran en el tiempo de Mahomet II. Todos los conocimientos se reducian entonces á una teología sutil, origen de disputas tan eternas como peligrosas: ignoraban el arte militar, ni tenian costumbres ni valor: en una palabra, se hallaban en la misma situacion que los godos de España, cuando fueron acometidos por los árabes. La adversidad ha mejorado sus costumbres: las luces del siglo han penetrado hasta ellos. Ya por el comercio con los pueblos del occidente, ya por el gran número de jóvenes que salian á estudiar á Italia, son comunes entre ellos nuestros conocimientos en literatura y política. La emancipacion de las islas jónicas, la invasion del Egipto por los franceses, la espedicion de Orlof en el mediterráneo, y mas que todo el grande impulso que la revolucion de Francia comunicó á todo el género humano, generalizaron entre los griegos las ideas y los sentimientos del liberalismo, tanto mas vehementes en ellos, cuanto mas pug-

naban con la cruel esclavitud que sufrian y con la barbarie de sus tiranos. Su disposicion para los conocimientos militares se deja ver en las victorias que han conseguidos ya, y hasta en las derrotas que han sufrido. Para adquirir el espíritu guerrero, les basta mirar los objetos que los rodean y el suelo que pisan. Se sabe que ningun pueblo conoce su propia historia mejor que los griegos. Su número es superior al de los turcos.

Mas sabios que sus enemigos, mas numerosos, peleando por una causa mejor, proponiendose un objeto mas capáz de inflamar con mas conocimiento del arte militar, y próximos á organizar un gobierno civil, parece que tienen mas elementos de victoria que los turcos. Pero à favor de estos, que han degenerado mucho de sus anpasados, pelean cuatro siglos de triunfos, de terror y de despotismo. Estas armas morales son siempre muy poderosas contra pueblos acostumbrados á la esclavitud. Es verdad que los turcos las inutilizarán reduciendo á sus contrarios á la desesperacion; porque el que no tiene que elegir mas que la muerte, busca siempre la mas gloriosa que le promete alguna probabili-

dad, aunque muy ténue de la victoria.

Todos los anuncios son de que la lucha, ademas de ser larga, será sangrienta y atroz; pero en el dia no presenta la Europa un espectáculo mas interesante en política. El congreso de Leybach y las cámaras de París han perdido su importancia á la vista de un pueblo europeo, que forcegea por romper las antiguas cadenas con que le oprimió otro pueblo tártaro. La Europa (¡ó mengua!) ha estado sorda á sus clamores durante cuatro siglos. Al fin la Grecia conoció que no debia esperar su salvacion sino de sí misma, y hoy se lanza en la carrera de la libertad. La Europa ¿será hoy lo que ha sido siempre? La falsa política ¿abandonará á aquel pueblo á quien debemos todo, porque le debemos las ciencias? ¿ó bien no le auxiliará sino para privarle de la independencia que le ha puesto las armas en la mano?

La esperiencia ha enseñado á los profetas políticos á ser muy cautos. Hemos visto tantos cálculos desmentidos, á pesar de ser casi evidentes; hemos admirado tantos sucesos que nadie adivinaba; en fin, hemos conocido tan profundamente la debilidad de la prudencia humana en los

acontecimientos morales, que no nos atrevemos á presentar las reflexiones que siguen, sino como conjeturas, á la verdad muy probables, pero no infalibles. Muévenos á publicarlas el deseo de que se adopten: pues si los gabinetes europeos se dirigieran por los principios que vamos á esponer, la lucha de los griegos contra los turcos seria mas gloriosa para el siglo presente, y menos costosa para la humanidad.

Si suponemos por un momento que ninguna potencia européa tome parte en la lid, todas las probabilidades son á favor del pueblo griego. Al frente de sus tropas está ya un individuo de la antigua familia imperial, que puede fundar un gobierno civil semejante á los de Europa: el entusiasmo de la nacion es grande: el occidente y el norte están en paz: los perseguidos en Italia y en algunos paises de Alemania por sus opiniones liberales, iran á buscar allí una nueva patria: los militares franceses que pelearon por la independencia de Polonia, y mas afortunadamente por la de América, ofrecerán á aquel pueblo nuevo sus espadas y sus conocimientos. Parece muy fácil que los griegos formen en breve un egército disciplina-

do contra el cual no podrá luchar la intrépida ferocidad de los turcos. Por otra parte las potencias marítimas de Europa auxilian á los griegos, que son marinos por su posicion geográfica; y cierto pavellon *misterioso* se ha dejado ver en los mares de Creta. A la verdad no pelea contra la media luna; pero á lo menos acoge y favorece á los griegos fugitivos de los sitios donde son mas poderosos los musulmanes.

Podemos comparar la situacion actual de los griegos con la de los españoles peleando contra los árabes. Hay en Grecia algunos estados que sostienen su independencia, tres siglos hace, contra el poder de la puerta otomana. Tales son los habitantes del Masna en la Laconia, los Ipsariotas en las costas de Albania, los hospodares tributarios, y en Asia los Drusos del monte Líbano. Estos pueblos que conservan su libertad por la fragosidad de sus montañas y por el valor á toda prueba á que los obliga su posicion, pueden compararse á los pequeños estados que fundaron nuestros mayores en los montes de Asturias y en las vertientes del Pirinéo. Tres siglos pasaron antes que aquellos in-

trépidos montañeses se atreviesen á formar establecimientos y fronteras en las riberas del Ebro y del Duero. Los príncipes leoneses, aragoneses y navarros, tenian por máxima política no *estender el territorio* mas de lo que alcanzaba á defender la poblacion; y aun despues de reconquistada Toledo siguieron esta misma máxima. No hay otra manera de esplicar en nuestra historia, porqué despues de grandes y sangrientas victorias el territorio español no se aumentaba.

Una circunstancia hubo que favoreció mucho á nuestros reyes; y fue la sucesiva division y subdivision del imperio árabe en España, despues que se emancipó de los cálifas. Parece que es de la esencia del gobierno musulman esta *desmembracion*, que es muy parecida á la feudal, aunque se deriva de diferente principio. Sin embargo, por desgracia de los griegos, el imperio otomano es una escepcion de esta regla general; y cuando todas las monarquías, fundadas por los árabes han perecido por la division, la de los turcos, se conserva íntegra, á pesar de la ambicion de los bajaes, y de sus frecuentes sublevaciones. Por esta razon

no han podido crecer los pequeños estados independientes de la Grecia, como crecieron los de España.

Pero la sublevacion de Alí-bajá, la del Hospodar de Valaquia y la debilidad respectiva del gobierno turco, presentan en el dia á los griegos libres una oportunidad favorable para estender su territorio, muy semejante á aquella de que se aprovecharon en España Alonso VI y su yerno, para apoderarse de Toledo y de Zaragoza. La manera actual de guerrear hará que los progresos de los griegos sean mas rápidos, mucho mas cuando su fuerza militar se acrecentará con la casi totalidad de cada provincia que conquisten.

Puede tambien compararse la situacion actual de la Grecia á la de España, acometida por Napoleon; pero en esta comparacion todas las probabilidades estan á favor de los griegos. En uno y en otro casi el territorio y las plazas fuertes estaban en poder de los enemigos: pues cuando empezó la guerra de nuestra insurreccion, ya los egércitos franceses se hallaban dueños de casi todo el territoria. Pero ¡de qué diferente especie eran

los enemigos, que combatió la España! Las tropas mas aguerridas de Europa y vencedoras de toda ella, ¿qué comparacion admiten con el valor indisciplinado de los turcos, tantas veces vencidos por los austriacos, rusos y franceses? qué son los generales del divan comparados con los de Bonaparte? ¿y la flojedad y apatía del gobierno de Constantinopla con la actividad y union del hombre, que administraba el imperio francés? Los españoles estaban tan desprovistos de recursos militares, como lo estan ahora los griegos; y aunque estos no conozcan el arte militar tan bien como los españoles, tampoco tienen enemigos tan temibles que combatir. Cuanto los griegos su entusiasmo es mucho mayor.

En efecto, no ya la suerte que se les reserva, pero la que esperimentaban bajo los turcos, es mucho mas insufrible que la que temian los españoles de Napoleon. Este queria agregar la España á su sistema federativo, y segun se conoció despues, á su imperio: es decir, que á todo lo mas que podia llegar nuestra desgracia, si él hubiera logrado sus proyectos pacificamente, era á ser ciudadanos del grande imperio de Occidente, que

pretendia fundar. Hubieramos perdido la libertad y la independencia política: hubieramos perdido el nombre y la gloria nacional; pero no hubieramos caido en la esclavitud doméstica. ¿Qué han sido los griegos bajo el imperio de los turcos? Ni aun hombres. Tratados perpétuamente como bestias de carga, sometidos al palo del mas despreciable genizaro, eran los esclavos de los esclavos del gran señor. Si se les permite conservar su religion, es porque los nombramientos de patriarca y obispos valen crecidas sumas al erario otomano; y si no se permite á los turcos darles muerte, es por defraudar al gran señor del tributo personal que debe pagar cada griego. Es imposible una suerte mas infeliz: lo es mas que las matanzas egecutadas últimamente por los turcos; porque con la vida acaban los infortunios: pero bajo la cruel esclavitud que sufria aquel infeliz pueblo, cada instante de su existencia, no solo era una ignominia, sino un peligro ó un tormento.

¿Por qué á cada mes que duraba la guerra de la insurrecion en España, crecia en los pueblos subyugados el odio contra los vencedores? Porque el mal tra-

tamiento de estos exasperaba todos los ánimos. La victoria pudo hacer callar los justísimos motivos políticos, que incitaron á la guerra; pero el abuso de la victoria creó nuevos estímulos morales, que son mas fuertes, porque hieren mas de cerca los intereses privados del indivíduo. Pues lo que fue un resultado momentáneo del estado de guerra en España, ha sido por cuatro siglos la situacion perpétua y habitual de la nacion griega. De modo que ya se consideren los males que han sufrido, ya la terrible muerte que les espera, si son vencidos, tienen los griegos muchos mas estímulos que pudieron tener los españoles, para aspirar á morir ó vencer. Añádase á esto la diferencia de las religiones, la intolerancia del gobierno mahometano que niega la ciudadanía á todo el que no cree en el alcoran; y la barbárie invencible de aquella nacion.

Otra ventaja tienen en la guerra actual los griegos comparados con los españoles. Durante la mayor parte de la guerra contra Napoleon, tuvimos que pelear contra las fuerzas de un enemigo, auxiliado ya en sus empresas políticas, ya en sus

operaciones militares por toda la Europa continental. Asi por esta razon fue aquella lid tan larga y peligrosa. Pero los griegos estan seguros de que no tendrán mas enemigos que los turcos, y que las potencias de la Europa, si se arman, no será á favor del imperio otomano. Ellos recibirán muchos reclutas y militares de Alemania, Francia é Italia; pero ¿qué europeo irá de su propia voluntad á servir entre los genizaros,

Todas estas consideraciones nos mueven á creer que la guerra de la Grecia no puede dejar de tener un éxito favorable á la libertad de aquel pais, aun cuando ninguna potencia europea se declare á su favor. Los turcos mismos lo conocen: de aquí la atrocidad de los castigos que egercen contra los griegos, sometidos á su poder. Pero esta misma atrocidad aumenta las fuerzas de sus enemigos, quitándoles toda esperanza de reconciliacion; y cuando no puede haber tratado entre un corto número de tiranos y una gran poblacion de esclavos, no se puede dudar cual será el resultado de la lid.

Esta será mas breve, menos sangrienta y mas gloriosa á la Europa, si las po-

tencias, que pueden egercer en la Turquía su influencia militar por mar ó por tierra, auxilian á los griegos: porque en este caso se puede asegurar que la guerra no duraria dos campañas. Importa al mundo civilizado, importa á los progresos de las luces, importa á la humanidad, que aquel pueblo cruel y feroz, que ha llenado de sangre y de ruinas desde el Nilo hasta el Danubio, y á quien la tierra debe tantas calamidades sin ningun bien que las compense, vuelva á encerrarse en las montañas del Imao, donde tuvo su nacimiento. Ya es verguenza de las naciones europeas, que siga tremolando sobre las ruinas de Atenas y en las murallas de Bizancio la infausta media luna, signo de barbarie y de despotismo. Por otra parte el imperio turco ni ha sido, ni es, ni puede ser una potencia europea: no puede entrar en el plan de nuestro equilibrio, las fronteras de la Europa civilizada están en el Adriático y en el Danubio; y la patria de Aristóteles, de Sófocles, de Xenofonte y de Homero pertenece al mundo bárbaro. La emancipacion de la Grecia es una empresa verdaderamente europea, mas fácil

y mas util que las antiguas cruzadas.

Los celos y la mezquina envidia de las potencias cristianas fueron las únicas causas del engrandecimiento de los turcos, que no crecieron sino á favor de las guerras de ambicion que ensangrentaban la Europa. Hace siglo y medio que no existe aquel imperio, sino por la dificultad de señalar su vencedor. La Francia y la Inglaterra no han querido que sea conquistado ó por el Austria ó por la Rusia. La Morea, la isla de Creta y las posesiones venecianas del Archipielago, fueron á fines del siglo XVII y principios del XVIII las víctimas de esta política suspicaz; y fueron en vano los prodigios de valor y las victorias marítimas de aquellos valerosos republicanos: la Europa peleó para que los turcos los desalojasen de sus mares.

Ahora si se procede de buena fé, se puede hacer sin inconveniente la operacion de desterrar los turcos al Asia. Los griegos empezaron la guerra: que los griegos sean la principal potencia; y que los demas europeos no se consideren sino como auxiliares en aquella santa lid. Los límites naturales del pais, cuya posesion se disputa, no dan lugar á cavilaciones: la

nacion griega ha ocupado, sometida y esclava, el pais comprendido entre el Danubio, el Adriático, el Jonio, Archipielago y el mar negro: ocupa, pues, libre, gloriosa é independiente estos mismos paises: ocúpelos con un gobierno liberal, moderado, fundado sobre basas europeas y propias de una nacion civilizada. Existen los elementos de este gobierno; porque existen príncipes de la familia imperial: los pueblos independientes tienen sus gefes; de modo, que se puede restablecer bajo nuevas bases el antiguo imperio de oriente, ó formar una confederacion de estados republicanos, semejante á la de las islas jónicas; pero en cualquier hipótesi, es fuerza que el poder que allí se establezca, sea grande, respetable y capaz de hacer contrapeso en la balanza europea.

Pero ¿debemos esperar tan sublimes y generosos pensamientos de las potencias que mas directamente influyen en la Turquía? Los papeles públicos anuncian como próxima una rüptura entre la Puerta Otomana y el gabinete de Petersburgo. ¿Peleará la Rusia sin otro objeto, que el de libertar á los Griegos? ¿renunciará á la posesion de un establecimiento en el me-

diterráneo? ¿Se contentará con ser meramente auxiliar? ¿Dejará escapar de entre sus manos la preciosa prenda de Constantinopla, objeto hace mas de un siglo de la ambicion de los Czares? Parece imposible: nosotros harémos toda la justicia necesaria al carácter noble y liberal del emperador Alexandro; pero es muy difícil que los gabinetes renuncien á pretensiones envegecidas.

Por otra parte, la influencia política que ha permitido al Austria en Italia, merece un resarcimiento, y ninguno es mas natural ni mas obvio que el que le ofrece la guerra de la Grecia. El poder de la corte de Viena en el medio-dia de Italia es precario: se debe á la compresion, á la violencia y á las proscripciones. Aun quedan en el Apenino sitios inaccesibles á las falanges austriacas: los combustibles están allí: la menor chispa renovará el incendio. No asi en Grecia: el principal objeto, y quizá el objeto esclusivo de aquella nacion, es sacudir el yugo de los turcos: su libertad civil y aun su independencia política son objetos muy secundarios para los griegos. Los rusos harán de ellos lo que quieran, con tal que arrojen á los tur-

cos al otro lado del Gránico.

Pero esta combinacion de cosas ofrece un gravisimo inconveniente contra la independencia griega. La Francia y la Inglaterra no pueden permitir á los rusos dominando en el archipiélago: los intereses de su comercio y su seguridad política lo impiden. La Rusia con su territorio actual es un coloso que amenaza al occidente: ¿qué será cuando dominadora del Báltico y del Egeo, y señora del territorio intermedio, estienda inmediatamente sus relaciones mercantiles y políticas desde la China hasta la Italia, y abrace y comprima con sus fronteras las tres partes del mundo antiguo, al mismo tiempo que amenaza desde la Tartaria el occidente de la América? Cuando el señor de Petersburgo y Constantinopla diga: *yo quiero*, el orbe tendrá que callar y obedecer.

En cuanto á la Prusia y la Suecia, estas potencias sufrirán el engrandecimiento de la Rusia; pero será porque no puedan impedirlo. El Austria misma no tardará en conocer que la compensacion que se le permite en Italia, es ilusoria. En efecto, los griegos mirarán á los rusos como á sus libertadores, y les concederán en su pais cuan-

do hayan sido lanzados los turcos, toda la influencia física y moral que puede desear su emperador Alejandro para su gloria y sus intereses. Los austriacos son los tiranos de la Italia, que solo espera una ocasion para sacudir el yugo; de modo, que en las concesiones mútuas que se hayan hecho los dos gabinetes, el de Rusia habrá adquirido un vasto territorio, habitado por una nacion agradecida, dispuesta á sacrificarse por sus libertadores; y el Austria, un pais mas fertil á la verdad, pero dispuesto siempre á volverse contra sus opresores, y donde será necesario que emplee gente y dinero, si quiere conservarle. El Austria verá que no es igual el partido: querrá compensaciones de otra especie en el territorio griego; compensaciones que la Rusia no querrá dar.

Los diplomáticos no pueden dejar de hacer en el dia todas estas reflexiones; y la Grecia representa hoy la realidad de la antigua fábula de la manzana de la discordia. A pesar de las ventajas que traerá al mundo civilizado la grande operacion de arrojar los turcos al Asia, los gabinetes de Francia y de Inglaterra querran mas bien ver la Grecia en poder de

los otomanos, de quienes nada tienen que temer, que en poder del Austria ó de la Rusia, cuya potencia es ya tan considerable; y en esta parte es preciso que la filosofía disculpe los cálculos de la diplomacia.

En efecto, ¿cuál es la principal obligacion de un gobierno? Conservarle á su nacion el lugar que le pertenece entre las demas, no permitiendo que otras se engrandezcan desmesuradamente, y amenacen con el peso de un escesivo poder la seguridad ó la gloria de su patria. Este es el primer objeto de la política. Un ministro ingles no ha sido llamado al gobierno para civilizar la Turquía, sino para velar por los intereses de la gran Bretaña. Trabaje enhorabuena por el bien y por la independencia de los griegos; pero ¿quién le podrá culpar, de que se oponga con todas sus fuerzas al engrandecimiento ulterior de la Rusia? Y si ve que los griegos no tienen otro medio de ser libres, que entregarse á los rusos, ¿no deberá impedir, en cuanto pueda, la ruina del imperio turco? A los que le acusan de que favorece la barbarie, responderá y responderá muy bien, *queremos que los griegos*

se liberten de los turcos; pero el interés de mi patria exige que el poder de la Rusia no crezca con los despojos de los otomanos.

Todo esto quiere decir que la emancipacion de la Grecia esperimentará dificultades, acaso insuperables si la Europa prevé, que el objeto de la lid no es la libertad de los griegos, sino el acrecentamiento de una ó de dos potencias. ¡Cosa estraña! Los griegos abandonados á sí mismos, triunfarian á la larga de los turcos: los griegos auxiliados por la Rusia se esponen á volver al antiguo cautiverio. Esta asercion no es voluntaria: los habitantes de la Morea deben acordarse de los infortunios que recayeron sobre ellos despues de la espedicion de Orlof.

El único medio de evitar este resultado funesto es contemplar la operacion de lanzamiento de los turcos, como una empresa no rusa ó austriaca, sino europea; asi como lo fue el destronamiento de Napoleon. Esta si que es ocasion para reunir un congreso, mas digna y mas gloriosa que las que produjeron los de Aquisgran y de Leybach. Solo en un congreso se puede asegurar la suerte futura de

congreso puede recibir la Francia, la Inglaterra y las potencias de segundo orden, la suficiente garantía de que la Rusia y el Austria no aumentarán ni su influencia, ni su territorio. Las basas de la negociacion deberán ser: el lanzamiento de los turcos al Asia y la eleccion de un gobierno griego independiente, ya monárquico constitucional, ya republicano confederado. En el mismo congreso se podrán determinar las fuerzas de tierra y mar, y los caudales con que cada potencia deba contribuir para llevar al cabo esta santa empresa con la menor efusion de sangre, que sea posible. Todas las potencias tienen interés directo en que la cuna de las ciencias y de las artes, hollada tantos siglos hace por la barbarie y el despotismo, vuelva á recibir sus antiguas hijas, ya crecidas y adultas con los descubrimientos y luces de los pueblos modernos. Toda la Europa se interesa en que la Grecia recobre su antigua industria, su antiguo comercio y su antigua opulencia. Ya está conocida en Europa la mezquindad del monopolio, y ya está demostrado que mientras mayor es el número de las naciones ricas, y mientras mas rica es

cada una, tienen las otras mas recursos para enriquecerse. Ademas, estamos en un siglo en que se saben hacer sacrificios por el bien de la humanidad. La libertad de los griegos es una empresa de la misma especie que la abolicion del comercio de los negros.

Antes de acabar este artículo, nos ha parecido á propósito hacer algunas reflexiones sobre la causa principal de la ruina del imperio griego. Quizá nuestra debil voz podrá ser oida de los actuales habitantes de la Grecia; quizá se convencerán de que su perdicion no tuvo otro origen sino la intolerancia supersticiosa, y pensarán en cortar de raiz este tronco funesto y fecundo de calamidades. Solo á este precio podrán conservar la libertad si son tan dichosos que logran recobrarla.

El cristianismo conservó su primitiva sencillez, su candor divino y celestial hasta que los griegos, por decirlo así, se apoderaron de él, y le obligaron á figurar en el cuadro de las disputas filosóficas. La escuela platónica de Alejandría revistió el Evangelio de toda la nomenclatura que la sabiduría ó el error de los hombres habian inventado; y obsérvese que desde

san Pablo, que condena la introduccion de voces nuevas y profanas hasta el cisma de Constantinopla, el cuidado constante de la Iglesia ha sido conservar la pureza del lenguage evangélico contra las nuevas voces que introducia continuamente la gárrula sutileza de los monges griegos. Pero tomado el sabor á las disputas teológicas no fue posible estirparlo: mucho mas cuando hubo emperadores que á la verdad no sabian gobernar, ni hacer la guerra; pero sabian dar decretos en materias de religion, y perseguir á los que no se sometian á sus decisiones. Claro es que un imperio tan esclusivamente levítico debia descaecer gradualmente. La ambicion de un patriarca de Constantinopla separó para siempre el cristianismo en dos creencias, á la verdad muy semejantes; pero que no ha sido posible uniformar todavía: y esta insensata operacion, en la cual solo ganaba un frayle, privó á los griegos de los auxilios que podian esperar del occidente contra los mahometanos del Asia. Es verdad que las cruzadas, la espedicion de los catalanes en levante y la cooperacion de genoveses y venecianos, retardaron la ruina del imperio de Constantinopla;

pero el peligro era perpétuo, y el remedio era precario, por dos razones: la una porque la intolerancia de los griegos no les permitia confiar en los que rendian obediencia al pontífice de Roma, y la otra, porque los occidentales que eran entonces tan bárbaros como valientes, miraban con tanto horror á los griegos cismáticos como á los musulmanes. De aquí procedió la toma de Constantinopla por los latinos, las conquistas que las repúblicas marítimas de Italia y los catalanes hicieron en el imperio griego.

Cuando el poder de los turcos llegó á hacerse irresistible á los emperadores, quisieron estos reconciliarse con los latinos; mas ya no era tiempo. En vano el emperador Paleólogo recorrió la Italia, asistió al concilio de Florencia y propuso los medios de restablecer la union entre ambas iglesias. Los monges griegos, cuyos intereses eran muy diversos de los del imperio y de la patria, se opusieron á una transaccion que hubiera quitado á su patriarca el ridículo título de *universal*: y esta palabra costó á la Grecia su libertad. Los occidentales miraron con la mayor indiferencia la esclavitud de un pueblo, que

aborrecian, y que en efecto era muy digno de ser despreciado.

El clero griego ni se ha correjido, ni se ha hecho mas sabio entre las cadenas de los turcos; y causa indignacion y náusea el ver á un patriarca nombrado por el gran sultan á costa de sumas inmensas, y sometido como el resto de su pueblo á una esclavitud vergonzosa, anatematizar periódicamente á todas las demas naciones cristianas. Pero la ilustracion ha cundido entre los griegos: ya es tiempo que aprendan á discernir los intereses de la religion y de la patria, de las pretensiones tan ridículas como egoistas de un corto número de monges. Ya es tiempo de que se reunan á la gran familia européa, de la cual los separó la intolerancia. Ya es tiempo de que aprendan á tratar como hermanos suyos á los que son de diferente creencia. Ya es tiempo en fin de que renuncien á esas cuestiones teológicas, que tan caras les han costado.

Pero si continúan formando un pueblo aparte, si quieren parecerse mas bien á los mahometanos esclavos que á los européos libres, si descuidan por un orgullo mal entendido elevarse á la altura en que

se hallan las naciones occidentales en las ciencias naturales y políticas: en fin, si no renuncian á sus odios religiosos, y á la obediencia ilimitada á sus monges, incapaces de darles sino consejos de perdicion, es inútil cuanta sangre derramen: que se vuelvan á sus cadenas. La supersticion no puede producir mas que esclavos; el hombre que somete á otro la parte mas noble de su ser, que es el pensamiento, podrá asesinar, podrá vencer; pero no podrá adquirir la libertad. *Mens sana in corpore sano.* En vano gozarémos libres las manos y los pies, si el ánimo está encadenado.